

PEREGRINA MIRADA DE UN YANKEE DE AYER A NUESTRA REPUBLIQUITA DE LA "BANCARROTA"

A pesar de sus errores históricos, de cierto tono despectivo y una que otra apreciación falsa, publicamos por su natural curiosidad el siguiente artículo sobre nuestro país que, traducido por José Alberto Canales, constituye uno de los capítulos ("Managua, The Capital of Nicaragua") del libro editado en 1888: **THE CAPITALS OF SPANISH AMERICA**. Su autor, enviado por el presidente de los Estados Unidos, visitó Nicaragua con el propósito de establecer relaciones comerciales y políticas entre Hispanoamérica y su país

WILLIAM ELEROY CURTIS

Un extranjero desembarcando en el puerto de Corinto, Nicaragua, preguntó a los hombres que lo estaban recibiendo en tierra, en una canoa, el nombre de la capital de la República. Eran tres ellas. El de genio más vivo contestó prontamente "Granada"; a un mismo tiempo otros la disputaron, una de las contenciosas es la ciudad de Managua y la otra la de León. Vino a ser tan animada la controversia, que las tres partes abandonaron sus remos y casi volcaron el bote con sus gesticulaciones. La cuestión es y siempre ha sido un peligro único y miles de vidas y cientos de miles de monedas han sido malgastados en tentativas para determinarla. Si ello fuera la única excusa por la sangre que ha sido derramada en la republiquita durante los últimos sesenta y cinco años, su historia sería más noble y más soberbia; crueles guerras han sido sostenidas por menos, y hermanos han peleado contra hermanos para arreglar

las cuestiones no solamente envolviendo una preferencia por ciudades sino por hombres. No hay ningún lugar de igual área en el globo en la cual haya sido derrochada tanta sangre humana en una guerra civil o tanta desenfrenada destrucción perpetrada. La naturaleza los ha bendecido con maravillosos recursos y en pocos años de paz e industria pueden hacer al país próspero sin comparación; pero tanta atención se ha prestado a la política que poco ha quedado para otra cosa. Escasamente ha pasado un año sin una revolución y **durante sus sesenta y cinco años de independencia la República ha conocido más de cinco veces tantos gobernantes como tuvo durante los tres siglos que estuvo bajo el dominio de España.** Rara vez fue una cuestión de principio o política lo que indujo a los habitantes a la guerra, sino por regla general la intriga de algún hombre ambicioso. Es una tierra de volcánico desorden físico, mo-

ral y político, y las montañas y los hombres tienen entre ellos urdida casi a compás su destrucción

Por sesenta años el país ha ido hacia atrás. Su población es menos que cuando fue declarada la independencia y su riqueza ha menguado de modo más rápido. Sus ciudades son montones de ruinas y su comercio no es tan grande como fue a principios del siglo. Hay, no obstante, una elasticidad comercial, debida a la extrema productividad de sus campos y la facilidad con la cual se adquiere la riqueza, que tienen guardada a la republiquita de la bancarrota, y grandes promesas de prosperidad si el orden político puede ser mantenido.

La mayor parte de las gentes viven en las ciudades, y malgastan mucho tiempo en ir y venir entre sus casas y plantaciones donde trabajan. Esto es debido a la frecuencia de las revoluciones y las más leves formas de destrucción y asesinatos que son practicados por salteadores de caminos y otros ladrones. Sólo los pobres viven a la orilla del camino y no tienen nada que pueda provocar el asalto.

Todo el mundo monta a caballo y los animales son abundantes y excelentes. Los caballos de Nicaragua se parecen a los de Arabia, siendo pequeños pero rápidos, briosos y capaces de mucha resistencia. Gran cuidado se toma en entrenarlos y se les enseña una fácil andadura, medio trote y medio paso, llamado *paso-trote*. Un bien domado animal tonará éste tan pronto como se le sueltan las riendas y continuará todo el día sin fatiga para ellos mismos o su jinete, haciendo cinco o seis millas por hora. El meneo es tan suave que un cabalgador experimentado puede llevar una jicara de agua por millas en su mano sin derramar una gota.

Hay solamente un camino de ruedas en el país que una vez se usa, salvo por las carretas. Corre desde Granada, la ciudad más oriental de importancia en la costa del Lago de Nicaragua, hasta el Realejo, o Cointo, el principal puerto de mar; y sobre este camino, que fue construido hace trescientos años por los españoles, pasa todo el comercio del país. Hay ahora un ferrocarril al lado de este camino real; el Gobierno ha hecho préstamos varias veces para construirlo, pero el dinero era desperdiciado en revoluciones, y los rieles no fueron completados hasta recientemente. La vía pertenece al Gobierno y está administrada por un ciudadano de los Estados Unidos. El camino de carretas pasa por Managua, y de este modo une las tres principales ciudades del terreno. Sobre él han pasado cientos de ejércitos y un *sin fin de fuerzas insurgentes*, y toda la distancia ha sido regada con sangre, derramada en reyertas públicas y privadas. Siempre que un hombre ha sido muerto, una cruz rústica es erigida por regla general, y es común ver coronas de flores colgantes sobre ellas, colocadas allí por algún interesado o, tal vez por mano cariñosa. En estos lugares pasajeros picadosos dan al aire una oración por el alma que ha sido puesta en libertad y son tan numerosos que se mantienen rezando desde un extremo al otro de la jornada.

Las carretas que proporcionan transportación son artefactos todos de manufactura nativa, y el diseño no

ha sido mejorado desde la conquista. El cuerpo consiste en una muy pesada armazón de madera, y las ruedas son el corte de sección sólida de algún gran árbol, ordinariamente de caoba. No son aseiradas, sino tajadas de perfil y generalmente como de ocho o diez pulgadas de espesor, cinco pies de diámetro y varios cientos de libras de peso. Los bueyes no llevan yugos, sino que el pértigo de la carreta se fija a una barra de madera resistente, por lo general de guayacán, la cual se amarra a los cuernos con correas de cuero. Hay siempre dos pares de bueyes, uno al arrastre de la carreta y el otro al arrastre de la carga, porque el vehículo es dos veces el peso de su cargamento. Se requieren dos hombres para dirigir el carro, uno va delante armado con un fusil o machete, el cual es un cuchillo largo, y sirve para muchos fines —tanto como arma y como un implemento agrícola— y los bueyes están supuestos a seguirlo, mientras el otro sentado en la carga guía a medida que punza a los animales con un aguijón de acero aguzado suficientemente largo para alcanzar al guía. El hombre de adelante ayuda a su colega profiriendo constantemente administraciones a los bueyes sin volver su cara, y entre los dos, y el chirrido de las ruedas de la carreta, que nunca son engrasadas, hay ruido suficiente para ensordecer a toda la vecindad. La proximidad de uno de estos vehículos puede ser anticipada en media hora.

Cada carreta contiene cinco o seis días de forraje para los animales, así como raciones para los *carreteros*. Ellos acampan siempre que los alcanza la noche, aun si están solamente a una milla del fin de su jornada. Los bueyes son amarrados a la carreta y les da su forraje mientras los hombres encienden un fuego, hacen su café y ambos descansan bajo o sobre la carreta para dormir. La mayor parte de las carretas tienen cubiertas o toldos de cuero curtido, que se amarran sobre ramas para proteger las cargas en la estación lluviosa. El promedio de velocidad es como una milla por hora sobre un buen camino, pero diez millas al día es viajar a prisa, debido a la cantidad de tiempo gastado al lado del camino.

Los carreteros son invariablemente honrados en comportamiento con sus empleadores y siempre rinden una exacta cuenta de sus cargas, sea que estén compuestas de plata o café, pero consideran un privilegio, que ellos han heredado de sus ascendientes, ir robando a lo largo del camino. Para ellos nada es demasiado caliente o demasiado pesado para llevarse y en consecuencia se toman precauciones para la protección de todo lo que pueda darles tentación. Tienen un inorganizado gremio obrero para protegerse a sí mismos y no permiten que se hagan imposiciones a alguno de sus miembros u ofrecer menos u otras irregularidades en medio de ellos mismos. Cargan tanto por jornada, no importa lo que sea su carga, y las personas que lleven fardos pequeños, tienen que asociarse para ajustar una carga, o pagan un alto precio de transportación. Muchas de las carretas y bueyes son propios de aquellos que los manejan, pero otros son arrendados a los carreteros por los capitalistas que poseen un gran número. El ganado viene de las sabanas de la parte suroeste de la República, donde hay inmensos y nutritivos pastos extendiéndose sobre la frontera de Costa Rica.

Aunque los recursos minerales del país son indudablemente ricos, su futura riqueza provendrá, si la paz puede alguna vez ser permanente, de la explotación de tierras agrícolas y de madera de construcción. Más allá de los distritos mineros hasta la Costa de los Mosquitos, se extienden bosques de áreas inmensas, llenos de finas maderas y han sido tocados escasamente. La más útil madera de construcción es la caoba, aunque hay variedades congéneres absolutamente buenas, aunque no tan populares y bien conocidas. Además es más fácilmente obtenida, porque crece en las serranías, sin meterse a los pantanos, los cuales están llenos de miasmas y mosquitos. El árbol es uno de los más bellos, tanto como uno de los más grandes que se encuentran en tierras tropicales, generalmente alcanza una altura de sesenta o setenta pies de altura y de veinticinco a cuarenta pies de circunferencia. Frecuentemente hay maderos de cuarenta pies de largo y ocho pies cuadrados, aunque tan pesados que son difíciles de manejar; y el único modo de obtener unas maderas finas de construcción es empleando aserraderos en las montañas y cortando los maderos en tamaños adecuados para la transportación. Esto, no obstante, es difícil debido a la falta de caminos. Trozos de cinco y seis pies de diámetro son comunes y se dice que los árboles más grandes tienen el color y grano más finos.

La caoba es uno de los pocos árboles de la selva tropical cuyas hojas cambian de color con las estaciones, y los indios caribes, que se emplean para cortarlas, descubren su presencia por esta peculiaridad. Se trepan a los árboles más elevados que pueden encontrar, descubriendo con la vista las caobas, localizando su posición con gran habilidad y dirigen a los cortadores con infalible precisión. Cuando encuentran un árbol, quitan primero la maleza del rededor y las ramas más bajas antes de atacar el tronco. Cuando cae, tronchan las ramas; entonces cortan con hacha la troza dándole forma, después de lo cual es arrastrada por bueyes—algunas veces emplean un centenar de yuntas de bueyes— hacia la corriente más cercana; los tajadores van adelante quitando con sus machetes la maleza y los pequeños árboles para hacer camino. Cuando el madero ha rodado al río, lo marcan y lo recuestan allí hasta la estación lluviosa, cuando las aguas crecen y lo arrastran hacia el mar.

Hay en las forestas otros árboles de gran valor y no sólo para maderas de construcción. El caucho o palo de hule—cuyo nombre cuando se pronuncia correctamente suena como zambullida de rana en el agua: caoutchouc—es muy abundante en las montañas de Nicaragua, aunque este producto, como muchos otros, es comparativamente vano; los indios mosquitos, no obstante, reúnen algo, que se embarca desde Blewfields y Greytown en pequeñas cantidades. La calidad no es tan buena como aquella del que viene desde el Brasil, porque la savia no es reducida con ninguna habilidad o cuidado.

Las personas ordinarias norteamericanas creen que el caucho se obtiene como resina y viene de las exudadas gomas del árbol; el proceso es del todo diferente, semejante a nuestro método de hacer azúcar de arce. Cuando la savia comienza a subir desde las raíces a las

ramas del árbol, se organizan expediciones de treinta o cuarenta hombres, que son equipados por los comerciantes exportadores con un avío de baldes, hachas, machetes, cacerolas, y provisiones; se ponen en marcha hacia la selva. Los **huleros**, como se les llama a los caucheros, del término **hule**, que es el nombre nativo del árbol, por siempre pagados con una pequeña suma de adelanto aparentemente para el sostenimiento de sus familias durante la ausencia, pero la cual casi siempre la gastan en libertinajes antes de partir. Cuando llegan a las montañas de palos de hules, construyen una casucha de palmas y breñas, si no hay alguna ya levantada, en la margen de algún río, porque se requiere mucha agua ya levantada, en la margen de algún río, porque se requiere mucha agua para la manufactura de la goma. Allí distribuyen sus grandes botes de lata y los baldes a través de la montaña a intervalos convenientes y proceden al trabajo. Cuando el **hulero** selecciona sus árboles, limpia el tronco de vides y enredaderas y se trepa a las ramas. Cuando descende, corta ranuras a lo largo de la corteza con un solo golpe de su machete, o cuchillo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, todas encontrándose en ángulos. En la parte inferior del corte más bajo, una batea de metal como de seis pulgadas de largo y cuatro pulgadas de ancho se mete a machamartillo en el árbol, que recoge la leche que fluye de la herida y la conduce al balde más abajo en el suelo. Esto es hecho con gran rapidez y destreza por un experto; y así se necesita para evitar el desperdicio, porque la savia brota instantáneamente y desde que se introduce el tubo dentro del árbol, fluye en la proporción de cuatro galones por hora. Un gran árbol producirá veinte galones de savia y se vaciará en un solo día. El **hulero** habiendo horadado una docena o dieciocho árboles, tiene el trabajo que puede atender para vaciar los baldes dentro de los botes de diez galones que fueron abastecidos para este propósito. En la tarde transportan los botes al campamento y tamizan la savia a través de un cedazo en barriles. En el Brasil es hervida, pero en Nicaragua los nativos tienen un sistema peculiar de reducción. Hay una planta enredadora llamada Achuna, cuya savia cuando se mezcla con la del caucho tiene la singular propiedad de cuajarse en pocos minutos. Por quién, o cómo, o dónde fue descubierto este proceso nadie puede decirlo. Indudablemente fue un accidente, pues la enredadera cuelga de todos los árboles en las montañas de hule, y probablemente un zarcillo echado dentro de un balde de savia alguna y otra vez produjo el resultado para el cual se usa ahora. Teniendo llenos los barriles, los **huleros** cortan pedazos cortos de esta enredadora, los remojan en agua y se echan pequeños manojos en las cacerolas, en las cuales se derrama la savia. A la mañana siguiente el caucho está cambiado en goma, como dos libras por cada galón de savia. En la parte superior de la cacerola está una cantidad de líquido café oscuro, como una débil solución de regaliz. Esto se vacía y entonces la goma se enrolla bajo pesadas cargas de madera en largas tiras extendidas llamadas tortillas, las que se cuelgan arriba de varas largas bajo la barraca para escurrirlas y secarlas. Al principio son blancas, como caucho vulcanizado, pero con la exposición se tornan negras y se vuelven después de pocos días. Entonces las tortillas son hacinadas bajo cubiertas hasta el final de la estación y embacadas para el mercado.

El cacao crece silvestre en las montañas de Nicaragua y cuando se cultiva en los campos da la más lucrativa cosecha que se pueda producir; pero la República proporciona comparativamente muy poco para exportar, aunque sus posibilidades en esta dirección sean casi ilimitadas. La mayor provisión de cacao del mundo viene del Ecuador y Venezuela.

Siempre ha habido en Nicaragua un prejuicio contra la inmigración extranjera, inspirado y estimulado por los curas, quienes inveteradamente se oponen a todo progreso y a cada innovación. Un número de familias alemanas están asentadas por todo el país, ocupadas en ejercicios mercantiles. Muchas de las grandes casas comisionistas y exportadoras son inglesas, mientras los propietarios de los hoteles o posadas son franceses. Inglaterra suministra la mayor parte del dinero para mover las cosechas, porque los nativos están empobrecidos por guerra o su propia extravagancia. El país nunca será próspero hasta que su paz sea asegurada y su población aumentada por la introducción de trabajo y capital extranjero.

Como en otros países hispanoamericanos, los vicios nacionales son indolencia y extravagancia. La gente común nunca adelanta, y ni tiene necesidad de portamonedas, mucho menos de cajas de ahorros. Como naturalmente son buenos productores, podrían ganar buenos sueldos, pero siempre gastan sus salarios antes de recibirlos, y son estimulados a mantenerse en deuda por aquellos que los emplean, como, bajo la ley; los peones no pueden abandonar un trabajo en el cual sean empleados mientras deban a su patrono un centavo. Este sistema de crédito, aunque asciende a sólo unos pocos dólares en cada caso, es equivalente a la esclavitud, un enganche permanente porque si el trabajador aspira realmente a ser un hombre libre, él está persuadido o amagado o estafado en renovar la obligación bajo la cual consume su vida.

La aristocracia es igualmente extravagante. Aparentemente es parte de su religión gastar sus rentas, aun cuando no las esperan; y éste es generalmente el caso. Casi todas las cosechas se hipotecan al comisionista antes de su recolección y el cultivador está obligado a aceptar el precio que se le ofrece. El peón es deudor del finquero, el finquero del comerciante, el comerciante de la casa de comisión y ésta conduce sus negocios con dinero prestado; así prosigue, año tras año, sin cesar cada persona comprometida gastando tanto o más de lo que gana y gestionando en teoría sus negocios, como especuladores de las mercancías del mercado; el país creciendo más pobre cada año, sin posible esperanza de redención excepto por afluencia de capital y sangre nuevos. El clima es delicioso, la tierra maravillosamente productiva y los productos siempre en activa demanda en los mercados del mundo.

Las principales ciudades son cuadros de desolación y a lo largo de los caminos del país están las ruinas de las **estancias** donde vivían los finqueros hace años. La mayor parte de la destrucción ha sido causada por los temblores de tierra, pero más por la guerra civil. La población en 1846 era de 157,000; en 1870 se redujo a menos de 200,000 y desde entonces han ocurrido disturbios durante los cuales miles de hombres fueron ase-

sinados o lanzados al exilio por temor a la fuerza. Los blancos, de pura sangre española, ascienden casi a 30,000; los negros como a la mitad o más; las razas mezcladas, mestizos y ladinos —los primeros de español e indio y los últimos de sangre negra e india— son probablemente 8,000; y se supone que hay muchos de pura sangre india en la costa atlántica y dispersos por toda la República. La educación de la gente común está abandonada y dejada a los presbíteros, quienes no les enseñan nada, sino superstición y sus obligaciones con la Iglesia. En 1868 pasó un decreto haciendo la educación obligatoria y libre y dando providencias para la desviación de una liberal cantidad del erario público cada año para el mantenimiento de las escuelas; pero la ley es letra muerta y en ningún año la cantidad asignada al Departamento de Educación ha sido aprovechada. Al presente hay solamente sesenta escuelas, con una asistencia de dos mil quinientos o un promedio de cuarenta alumnos para treinta mil habitantes. En León hay una universidad con un promedio de cincuenta estudiantes y otra en Granada, con un poco más, en las cuales enseñan leyes, medicina y teología, bajo la dirección del obispo; pero muchos hijos de las familias ricas son enviados a educarse a Europa.

La ciudad de León es la metrópoli comercial y fue la antigua capital. En 1854 el asiento del gobierno fue removido a Granada, durante la gran revolución, que duró cinco años y en la cual figuró nuestro famoso filibustero Walker; y el pueblo de esta última no permitió su retorno a la capital de los virreyes. Después de pelear por varios años sobre la cuestión, derramando mucha sangre y destruyendo muchas haciendas, efectuaron un compromiso para localizar el cuartel general temporalmente en Managua, un pequeño puesto militar a medio camino entre las dos, donde, desde 1863, ha residido el presidente y se ha reunido muchos años el Congreso. Los edificios públicos en León permanecen como estaban en tiempos de la remoción de la capital y la mayor parte de los archivos están allí, la esperanza de los ciudadanos, siendo que ellos los necesitarían otra vez en un futuro cercano; pero Granada mantiene una mirada amenazadora en esa dirección y cualquiera tentativa para perturbar la situación presente resultaría en otra guerra, tan enconada es la rivalidad.

León es una de las más viejas ciudades de América, habiendo sido fundada en 1523 por Fernández de Córdoba. Dos años antes, Pedrarias Dávila que era gobernador de Panamá, envió a León en un viaje de exploración, a un vigoroso viejo bucanero llamado Gil González, con unos cuantos cientos de hombres. Desembarcó poco más o menos en el centro de la costa del Pacífico y marchó a través de la presente ciudad de Rivas. Aquí encontró en las orillas del lago una vasta población de indios subordinados al cacique llamado Nicarao y llamó al país en sus informes **Aguas de Nicarao**; de aquí el nombre. Los indios miraron a los españoles con temor reverente y asombro. Ellos habían tenido noticias de su aparición en Panamá y en la costa del Atlántico, pero creyeron que los cuentos de su presencia, que venían de sus antiguos enemigos los caribes, eran falsos y destinados a asustarlos. Viendo al jefe rodeado por tal multitud de salvajes, González se aproximó con gran precaución y habiendo capturado un nativo, lo envió con este impetuoso mensaje:

"Dile a tu jefe —dijo González— que un valiente capitán llega a estas regiones, comisionado por el más grande rey de la tierra, a informar a todos los señores de estas tierras que hay en los cielos, más alto que el sol, un Señor, Hacedor de todas las cosas y que aquellos que creen en El ascenderán y aquella alturas en la muerte, mientras los incrédulos al fuego eterno que arde en el hoyo insondable. Dile a tu jefe que yo vengo y que debe estar listo a mi llegada a su campamento para aceptar esta verdad y ser bautizado o preparado para el combate"

El cacique rendido, con todos sus guerreros y sus mujeres, en número de nueve mil, fueron bautizados. En su informe al rey de España, el piadoso Ampuloso Furioso reclamó el mérito de haber convertido más paganos que cualquier otro hombre que haya vivido

En los días de los españoles León era una ciudad espléndida y todavía existen numerosos monumentos de su opulencia y grandeza. Los edificios públicos son construidos en una escala magnífica y sin considerar el costo; las habitaciones privadas se construyen imitándolos, siendo de porte imponente y lujoso en su conjunto y adorno. Había diecisiete iglesias excelentes para una población de cincuenta mil, la principal de las cuales era la Catedral de San Pedro, que costó cinco millones de dólares y casi treinta y siete años de trabajo para construirla. Fue terminada en 1743 y aún está en buen estado de conservación, construida la mayor parte de resistente mampostería con paredes de piedra de dieciocho o veinte pies de espesor. Es de arquitectura de estilo morismo, parecida a la gran catedral de Sevilla, España, y es con mucho la iglesia más grande y más hermosa de Centroamérica. Durante las frecuentes revoluciones siempre ha sido usada como un fuerte y sus paredes, aunque todavía firmes y durables, están muy cascadas por los asaltos que han sido hechos en ella.

En 1823, durante la primera revolución después de la independencia, entre los aristócratas y los indios, hubo un incendio en León que destruyó más de un millar de los mejores edificios; las llamas fueron ayudadas en su obra de devastación por miles de soldados indios, que saquearon y asesinaron a los habitantes. Esta parte de la ciudad nunca ha sido reedificada y largas calles cuyos pavimentos están cubiertos con hierbas y malezas están todavía alineadas con ruinosas paredes que descubren ricas columnas de mármol y artísticas esculturas. Como una burla a la antigua magnificencia destruida por sus antepasados, los peones indios viven en cabañas de bambú, cercadas por setos de cardón en los sitios donde una vez vivieron los más orgullosos hidalgos de Centroamérica. Hay una tradición de que la ciudad que una vez maldecida por el Papa, a causa del asesinato de un arzobispo, y esto explica la sucesión de calamidad que ha sufrido.

Las damas de la aristocracia son en su juventud, por regla general, lindas y en cualquier edad son siempre arrogantes. Por alguna u otra razón, consideran su país muy por encima y más allá de la crítica, y ellos mismos superiores al resto de la raza de Adán. El orgullo ancestral es tan conspicuo como para ser frecuentemente ofensivo, y el hecho de que una persona haya nacido fuera de Nicaragua les parece ser una desgra-

cia que ninguna otra circunstancia puede compensar. Esto es cierto, especialmente entre las damas, cuya exaltada opinión de su propia importancia en el universo nunca ha sido empañada por los viajes. Este sentimiento ha ido lejos a provocar la existente parcialidad contra los extranjeros, mientras los turistas son siempre más hospitalariamente recibidos, por el hecho de que su residencia es solamente temporal, por lo que son atendidos con gusto. Las más rígidas restricciones previenen el intercambio social de los sexos y en ninguna parte del mundo es protegido el honor de una mujer con tan grandes precauciones, y por razones excelentes. Ninguna dama de clase social podría pensar en recibir el llamado de un caballero solo, excepto un sacerdote; y el clero hace lo más de su privilegio, según el rumor común.

Las damas están siempre ociosas. Hacer alguna clase de trabajo, como bordados, es rebajarse y el número de criadas que ellas emplean no está regulado por sus necesidades sino por sus medios. Todas ellas son faltas de educación; el privilegio de unos pocos años en un convento es solamente lo que se les permite, y éstos los gastan en aprender las vidas de los santos, un poco de bordadura, teclear el piano y bailar. No hay un traje distintivo nacional. La aristocracia imita las modas parisenses, mientras el pueblo común usa cualquier cosa que puede obtener. Los nicaragüenses son de carácter mucho más sociable que los ciudadanos de los otros países centroamericanos. Tienen tertulias, las cuales tienen una íntima relación con el "high tea", bailan más frecuentemente y son mucho más dados a las comidas, en las cuales uno de los mayores lujos importados es el bacalao.

La gran fiesta anual del pueblo es conocida como **El Paseo del Mar**, pero es a menudo aludida como el festival de santa Venus, por los excesos que allí se cometen por la gente que es más discreta cuando está en casa. Pero como nadie se cuida de lo que ocurre en los carnavales de Roma, así puede una partida de nicaragüenses de buen tono permitirse libertades en sus balnearios. En los últimos días de marzo, cuando la estación seca está bastante avanzada y todas las cosas están enterradas en polvo, después que las cosechas están recolectadas y los frutos vendidos y llevados a Corinto, el puerto de mar, todo el mundo siente gusto en tomar un pequeño descanso. Los preparativos se hacen con mucha anticipación, pero tan pronto como llega la luna de marzo se cargan las carretas con algunos muebles y muchos baúles y comienza el éxodo. Hay solamente quince millas a la playa pero la jornada ocasiona tantos planes y preparativos y se anticipan con mucho placer, como un viaje a Europa. Va todo mundo, tanto el peón como el hidalgo y por dos semanas durante la luna llena la ciudad está desierta. No hay hoteles, pero cada familia toma una tienda de campaña o construye una cabaña de bambú y vive a negligé bajo la sombra de los árboles de la floresta, que casi se extiende hasta el océano. El gobierno envía un batallón de tropas con el propósito de guardar el orden y hacer servicios de policía, pero realmente es como una excusa para dar a los oficiales y soldados una vacación. Las leyes sociales son muy relajadas durante el **paseo** y es realmente la única vez que los amantes pueden besarse sin la embarazosa presencia de una ama de llaves. Las coquetuerías están a la orden del día y Cupido es el rey.

No hay vestideros en los balnearios y no usan trajes de baño. La gente va como la naturaleza la equipó —las mujeres y las muchachas por un lado de una larga lengua de tierra que penetra en el mar y los hombres y muchachos por el otro. **Este paseo anual es la perpetuación de una semirreligiosa costumbre indígena.**

Otra peculiar costumbre religiosa nicaragüense es el bautizo de los volcantes, **una ceremonia que los supersticiosos creen muy efectiva para mantenerlos en sujeción y hacerlos guardar las conveniencias de la vida. Esta ceremonia se dice ser tan antiguo como la Conquista, habiéndose originado después de la primera erupción seguida a la invasión de Nicaragua por los españoles y es repetida en el último aniversario del trastorno causado por cada volcán particular.** Los sacerdotes de la ciudad más cercana toman el asunto a su cargo, y seguidos de una larga compañía de fieles, ascienden al cráter y con gran ceremonial les derraman agua bendita. Cada uno de los picos volcánicos de Nicaragua ha sido repetidamente santificado de esta manera, excepto el Momotombo, el más grande, pero el más irregenerado de todos ellos, que nunca ha permitido un pie humano alcanzar su cumbre a un ojo humano mirar en su cráter. Hace doscientos años, después que el viejo Momotombo, como llaman al maestro familiarmente, había estado actuando muy mal, tres bravos monjes determinaron probar el efecto del agua bendita sobre él y se pusieron en marcha hacia la cima con una gran cruz que se propusieron montar allí; pero de ellos jamás se tuvieron noticias de nuevo y la gente mira a la montaña con gran reverencia.

Desde la torre de la catedral de San Pedro en la ciudad de León, se ven trece volcantes, varios de los cuales están en actividad. Hay dieciocho parados en una solemne procesión alrededor de los lagos de Managua y Nicaragua. No son tan altos como ciertos picos de Guatemala o Costa Rica, pero se ven más altos por el hecho de que ellos se elevan inmediatamente desde el nivel de la costa del mar; pueden ser vistos desde el mar en su plena grandeza; el viejo Momotombo aparenta ser como de la altura del pico Pikes visto desde Colorado Springs. Esta montaña gigantesca se eleva libremente fuera de las aguas del Lago de Managua, su pedrada y ennegrecida cumbre prohíbe toda tentativa de escalar sus laderas, estando siempre coronada con una leve espiral de humo confirmando la perpetua existencia de fuego interno que de vez en cuando brota y cubre sus lados con diluvios ardientes. En su base son varios los manantiles de azufre caliente, y a frecuentes intervalos, pesados y profundos retumbos se oyen desde dentro de sus paredes. En medio del lago, a pocas millas solamente, está exacto duplicado de la montaña, en miniatura, siendo solamente, no obstante, un cuarto de su tamaño; ésta es llamada Momotombito; las tres últimas letras expresan el diminutivo. Forma una isla desde la cual su pico se eleva en un cono perfecto. Su cráter está extinguido hace cientos de años; pero la isla fue un lugar sagrado para los aborígenes. En los montes que ahora la cubren están las ruinas de vastos templos y gigantescos ídolos esculpidos en la sólida roca. Los últimos graves temblores de tierra, en 1867, ocurrieron sin muchas averías a la ciudad, cuyas paredes han sido varias veces sacudidas en los tres siglos y medio desde que fue fundada.

La más espantosa erupción en la historia de Nicaragua y una de las más serias del mundo nunca vista, fue aquella del volcán Cosigüina, cerca de Chinandega, en 1835. Continuó por cuatro días y cubrió el país alrededor, por cientos de millas con ceniza y lava, causando un pánico del que el pueblo no se recuperó por muchos años, resultando gran destrucción de vidas y propiedades. Las explosiones fueron de tal fuerza que las cenizas cayeron en la ciudad de Bogotá, Colombia, a mil quinientas millas en línea recta y a una altura de once mil pies sobre el nivel del mar. Cayeron cenizas en las islas de las Antillas, también lejos en el interior de México y la lluvia de ellas oscureció el sol causando gran consternación en Guatemala y las repúblicas vecinas, mientras el pueblo de Nicaragua pensó en la venida del fin del mundo. A los barcos navegando en el Pacífico se les cubrieron sus cubiertas con lava y ceniza y varios mineros fueron lastimados por las piedras que caían mientras el océano cincuenta millas fue tan regado de flotantes cenizas y piedras pómez que la superficie de las aguas quedó oculta. El aniversario de esta horrible catástrofe es siempre observado por el pueblo como un gran día de ayuno, se suspenden los negocios a lo largo de toda la república y la gente se reúne en las iglesias a rezar para estar libre de más erupciones. Desde aquella fecha el volcán ha continuado activo, pero no ha causado daños.

Una gran parte de la superficie del país está cubierta con capas de lava y escoria, lagos de aguas amargas que no tienen fondo, bostezantes cráteres rodeados con ampolladas rocas y hoyos desde los cuales vapores de azufre se elevan constantemente y que el pueblo llama propiamente **infiernillos**.

La ciudad de Granada situada en el extremo este del habitado valle de Nicaragua, y León, en el extremo oeste, son las dos ciudades rivales separadas como por setenta millas. Hasta su casi total destrucción por Walker y sus filibusteros en 1857, fue una bella ciudad, llena de mansiones excelentes y orgullosa de su apariencia. La población fue reducida durante la guerra civil —en la cual los aventureros americanos jugaron una parte tan conspicua— de treinta y cinco mil a quince mil; y aunque esto fue hace casi treinta años está comenzando escasamente a recobrase. Granada era la sede del gobierno "aristocrático" que Walker y sus aliados nicaragüenses derrocaron y fue asediada por dos años, tiempo durante el cual los habitantes no solamente soportaron grandes penalidades muriendo muchos de hambre y epidemias que brotaron entre ellos, sino sufrieron la destrucción de casi todas sus propiedades. Durante los días del dominio español fue una de las más ricas y prósperas ciudades de Centroamérica y su comercio era enorme. Las viejas crónicas relatan que casi diariamente caravanas de mil ochocientas mulas cargadas de mercaderías llegaban desde países circunvecinos y llevaban en cambio mercaderías de Europa.

Aquí estaba situado uno de los más grandes monasterios del continente, erigido y ocupado por los frailes franciscanos, quienes poseían extensas haciendas en la región circunvecina y continuaron adquiriendo grandes riquezas hasta que fueron expulsados y sus bienes confiscados en 1829. Todavía está en pie, en buen estado de conservación.

La capital actual de Nicaragua es la ciudad de Managua, situada en la orilla sur del lago del mismo nombre, como a sesenta millas del Océano Pacífico y está por la vía terrestre a una distancia de tres días de León, que está conectado con Corinto, el principal puerto de mar, por un ferrocarril. La población de Managua es como de ocho o diez mil habitantes, según cálculo, porque no han formado censo desde 1870. Ha aumentado desde esa fecha, cuando los habitantes ascendieron a seis mil setecientos. Los residentes ricos son en la mayoría hacendados que tienen estancias en la vecindad y viven en casa de uno o dos pisos sin ninguna pretensión de belleza o elegancia arquitectónica. Son más modernas en construcción que las de León o Granada; porque solamente desde que la sede del gobierno fue colocada en Managua, ha tenido alguna importancia comercial o política. Una gran porción del ejército en pie de la república, consiste en dos mil hombres, está estacionada en Managua, ocupando un antiguo monasterio como cuartel y las calles están siempre colmadas de militares con uniformes resplandecientes. Hay como tres oficiales para cada diez soldados rasos del ejército y los puestos del servicio militar son activamente solicitados por los hijos de las familias aristocráticas, que los prefieren a las carreras profesionales o comerciales. Los soldados rasos son exclusivamente indios o peones mestizos, que usan un uniforme de juicio algodón blanco, haciendo el ejercicio con una gorra azul. Se suponen ser alistados y voluntarios, pero cuando las tropas son necesarias, se obtienen enviando al campo pelotones de enganchadores quienes cogen a tantos peones como desean, trayéndolos amarrados con cuerdas, a la capital, y entonces los obligan a firmar la lista de reclutamiento.

El palacio nacional es un edificio cuadrado de poca altura, con balcones al corriente estilo español, que fue antiguamente hogar de una de las órdenes religiosas. Los únicos amplios cuartos son para el cuartel general del presidente y los salones en los que las dos Cámaras del Congreso se reúnen anualmente. Están amueblados con finos muebles importados y las paredes están cubiertas con retrato de hombres distinguidos en la historia de la república.

Los peones viven en los arrabales de la ciudad, en cabañas de bambú techadas con hojas de palma y paja, cercadas con primorosas y cuidadas vallas o seos de cardón. Son aparentemente muy pobres y están rodeados de suciedad y escualidez; pero un real, cuyo valor es doce centavos y medio, sostiene a toda la familia porque necesitan un poco menos de lo que la naturaleza les ha proveído —los plátanos y ñames que crecen profusamente en sus pequeños jardines— Rara vez comen carne y nunca se bañan. Parecen estar perfectamente felices sentados en las puertas de sus cabañas, mujeres y hombres, ambos casi desnudos, fumando cigarrillos y platicando tan contentos como si todas sus necesidades de la vida estuvieran completamente abastecidas. Densamente ignorantes, supersticiosos e indiferentes, no saben nada más allá de sus propios contornos.

Los alrededores de Managua son pintorescos. A un lado está el bello lago de sesenta millas de largo

y treinta millas de ancho, circundado de volcanes y al otro están las fértiles faldas llenas de cafetales y arboledas de cocoteros, ambos rindiendo prodigiosas cosechas. Los peones de la ciudad trabajan en las estancias cuando hay alguna cosa que hacer, viajando cinco seis millas cada día para ir y venir desde el lugar de su faena. La región a la redonda de Managua debe haber sido densamente poblada por los aborígenes y está llena de las más curiosas y enigmáticas reliquias de una raza prehistórica, las cuales los nativos respetan con gran veneración. El geólogo, así como el etnólogo y el anticuario, encuentran aquí no de los campos más abundantes para sus investigaciones, que fue explorado y descrito por Stephens, Squier y muchos escritores más antiguos.

El gobierno consiste en un presidente, quien recibe un sueldo de dos mil quinientos dólares y es elegido por cuatro años, tiempo durante el cual, si no es vencido por un algún político rival, por regla general procura acumular una inmensa fortuna. Un argumento común en favor de la reelección de los presidentes es que ellos son capaces de robar todo lo que necesitan durante su primer período. Hay dos vicepresidentes, generalmente el presidente del Senado y el presidente de la Cámara de Diputados y cualquiera de los dos puede ser designado para ocupar las obligaciones del Ejecutivo cuando así lo quiere. Hay un gabinete o consejo, de cuatro ministros. Uno tiene a cargo las finanzas; otro los asuntos extranjeros, agricultura y comercio; un tercero los negocios militares y las obras públicas; y el cuarto, justicia, instrucción pública y asuntos eclesiásticos.

El Senado se compone de catorce miembros, dos por cada uno de los departamentos o provincias, electos por cuatro años; y la Cámara de Diputados consta de veinticuatro miembros, o sea uno por cada diez mil de población, electos por dos años. Les pagan un dólar y cincuenta centavos *per diem* durante las sesiones del Congreso. Ni senadores ni diputados pueden ser elegidos por más de dos períodos consecutivos y ningún oficial del gobierno o miembro del Congreso puede ser candidato para elección o nombramiento de algún otro oficio durante su término constitucional de servicio. Los eclesiásticos no son elegidos para posiciones civiles y todos los candidatos para cada puesto de honor bajo el gobierno deben tener cualidades propias; aun cuando todas las personas aceptan pensiones del gobierno ejecutando servicios de casa o del gremio de sirvientes, les son negados los derechos de sufragio o de posesión de oficio. Hay tres Cortes, estados o departamentos de justicia, siendo elegidos por el pueblo; el tribunal de justicia del Distrito federal y los miembros de la Corte Suprema son nombrados por la Cámara de representantes y confirmado por el Senado para servir de por vida y menos que sean acusados y convictos por los diputados ante el Senado por algún desaguisado en el empleo. Se requieren los dos tercios de votos en la Cámara para promulgar una ley, pero solamente la mayoría vota en el Senado. El presidente tiene el poder de dictar decretos durante el receso del Congreso; dichos decretos tienen fuerza de ley, pero deben ser confirmados o revisados por el Congreso en sus próximas sesiones.

El actual presidente de Nicaragua es Adán Cárdenas, quien fue elegido en 1883.